

### III CERTAMEN DE RELATOS CORTOS

“GRUPO ITEVELESA”

El puzle del asesino

La lluvia y el fuerte viento azotaban la I.T.V. en una noche invernal que se recordaría durante mucho tiempo. Los coches en cola esperaban su turno mientras un coche avanzaba lentamente hasta chocar finalmente contra la puerta de entrada a la Inspección de vehículos.

-¿Pero qué hace? ¡Está ciego! – gritó el técnico de la I.T.V.

De otro coche que estaba dentro de la nave salió una persona vestida con un chaquetón lujoso y con aspecto flemático. Pausadamente se acercó al vehículo como un fantasma que sale de la nada.

El técnico le miró con aire desconcertado.

— ¿Quién es usted?

— Soy el comisario Martínez – contestó, mientras sacaba de su bolsillo sus credenciales.

— ¿Comisario? Espere, yo le conozco. ¿No es usted el que apareció en la televisión hace unas semanas por la captura del narcotraficante Pérez?

— Me temo que sí. Me encuentro casualmente pasando la I.T.V. La seguridad no tiene precio. ¿Verdad?

El técnico aseveró con la cabeza.

— ¿Me permite? –preguntó cortésmente el comisario antes de abrir la puerta del coche siniestrado.

El conductor se encontraba en el asiento, echado hacia atrás, inmóvil y con un extraño rictus en su mirada, abandonada hacia el infinito. Unas leves incisiones sangrantes sobre el pecho indicaban que no era un accidente.

El comisario tocó el cuello y tras unos segundos confirmó lo peor.

—Está muerto. – dijo con naturalidad, como si fuera un hecho habitual al que estuviera acostumbrado en su día a día. —Por favor, ¡Cierren la ITV! Nadie puede entrar ni salir hasta nueva orden! –ordenó.

En breves segundos se formó un gran bullicio y el responsable de la I.T.V. se acercó. El comisario tras presentarse le preguntó.

—¿Dispone de algún sitio discreto donde pueda interrogar a sus clientes?

—Sí, mi oficina.

—Por favor diríjalos allí en unos diez minutos —dijo el comisario señalando una televisión de la sala de espera. —¿Qué es eso que aparece en aquella pantalla?

— Es una información que pretende concienciar a nuestros clientes de lo importante que es respetar la seguridad vial.

— ¡Oh, perfecto! Pienso que debería ser una asignatura obligatoria. Por cierto, necesito un plano de la ITV y las cámaras de seguridad de hoy.

—Se las traigo en unos minutos.

Tras el análisis de las grabaciones, Martínez afirmó con la cabeza, como si hubiera descubierto algo.

El comisario, pensativo, abrió la puerta que daba a la salita donde estaban reunidos los clientes para comenzar el interrogatorio,

—Soy policía y debo tomarles declaración por un hecho grave que acaba de suceder en estas instalaciones — inmediatamente se formó un gran revuelo.

—¡No me fastidies! Voy a llegar tarde a mi cita — dijo un cliente.

El comisario le echó una mirada recriminatoria, dejando muy claro que no aceptaría ninguna otra interrupción.

—Empezaremos con usted, el señor de la gorra, por favor, pase conmigo a la oficina. ¿Su nombre, por favor?

—Héctor.

— Por favor, ¿Podría decirme los lugares dónde ha estado desde que entró en esta I.T.V.?

— Sí, al llegar me acerque a recepción para el pago. Me indicaron en qué fila tenía que situarme con el vehículo y allí he estado hasta que me llamaron para venir aquí.

El comisario miró la posición que hacía en la cola de espera. Era el dieciséis mientras que el asesinado era el doce.

—¿Vio a alguien merodear delante de su coche?

—No. De todos modos estaba entretenido con el móvil. Ya sabe con un juegucito.

—Bien. Eso es todo. Por favor, siéntese en la salita y espere a que le diga que ya puede irse.

—¿Tardará mucho? He quedado con un amigo y al final voy a llegar tarde.

—No se preocupe.

Durante varios minutos tomo declaración al resto de los clientes realizando pequeños apuntes en una pequeña libreta. Al finalizar hizo unos cuantos garabatos, rubricados por un gesto de satisfacción, como si hubiera encontrado algo importante.

El comisario abrió la puerta que daba a la salita.

—Por favor, las personas que mencionaré deben quedarse para hacerles algunas preguntas más. El resto, pueden volver a sus casas.

El comisario leyó los seis nombres. Sus miradas recaían las unas sobre las otras como espadas que quisieran cargar culpas sobre el resto y así liberarse de la tensión que se respiraba en el ambiente. Una de ellas podía ser el asesino.

—Les he reunido porque algunas de sus declaraciones arrojan inconsistencias que desearía me aclare – explicó el comisario con gesto inquisidor. —Por favor, Señor Héctor ¿Puede acompañarme?

—Sí, aunque ya le dije todo lo que sabía. —El comisario sonrió mientras se adentraba con él en la oficina. Había usado la palabra “sabía” en lugar de la palabra “sé”. Eso le confirmaba que su sospechoso estaba mintiendo y se había construido la declaración en lugar de decir la verdad. Típico error.

—Buenas noches. Le he llamado porque deseo realizarle más preguntas. ¿Tendría problemas por su parte en contestar? – preguntó de píe, con tono agrio.

—No, en absoluto, puede preguntar cualquier cosa que desee, hasta qué haré este fin de semana, aunque me temo que llegaré tarde a mi cita.

— ¿Cuánto tiempo tardó en realizar el trámite del pago en recepción?

— Unos diez minutos más o menos.

—Mientras esperaba su turno cuando estaba en recepción ¿Vio algo que le llamara la atención?

—No, excepto pensar constantemente en la cena—respondió con aire jocoso.

—¿Está seguro?

—Sí, me acordaría si hubiera hecho otra cosa.

—Voy a decirle algo importante. Pensamos que son dos los sospechosos de este asesinato y necesito de su ayuda para solucionarlo.

— ¿Cómo podría yo ayudarle a solucionar algo de lo que no tengo conocimiento? – dijo con tono complaciente.

El inspector se le quedó mirando fijamente y le ofreció un cigarrillo.

—No fumo, gracias.

—¿Un chicle, quizás?

—Sí – el hombre alargó su mano y tras sacarlo de su envoltorio se lo metió en la boca. El comisario se le quedó mirando unos segundos sin articular palabra.

—Gracias. Es todo por ahora. Por favor, espere fuera.

El hombre tenía un gesto de perplejidad mientras cerraba la puerta.

Uno tras otro aplicó el mismo interrogatorio al resto de los sospechosos hasta llegar al sexto: Juan.

—Buenas noches. Le he llamado porque deseo hacerle una pregunta más. ¿Hay algún problema por su parte en contestar?

—No, no hay problema — se limitó simplemente a asentir con tono neutro.

—Pensamos que la persona que ha cometido el asesinato, estaba junto a su coche. ¿Vio algo raro?

—No, no vi nada raro.

—¿Está seguro?

—Sí, seguro. En el caso de que hubiera visto algo se lo hubiera dicho la primera vez que me preguntó.

—No le pregunto por algo sino por alguien.

—Tampoco vi a nadie.

—Entiendo. Gracias. Espere fuera por favor.

El inspector miró su reloj mientras un fuerte sonido de sirenas alertaba de la llegada de varios coches. Del primero salió un policía que tras entrar en la salita, rápidamente se identificó.

—Soy el inspector García. ¿Qué ha ocurrido?

—Buenos días soy el comisario Martínez. Hay un muerto y tengo a dos posibles sospechosos.

— Es un placer saludarle. Le he reconocido y sigo su carrera desde hace tiempo, pero... no entiendo ¿Qué hace aquí? – preguntó con gesto de perplejidad.

— Me encontraba pasando la inspección de mi vehículo cuando un vehículo ha impactado contra la nave. Mientras venían he realizado unos pequeños interrogatorios. Espero que no le haya molestado.

-No, por supuesto, pero, ¿tiene ya a dos sospechosos en tan poco tiempo?

-Cada caso es como un puzle donde hay que colocar cada pieza en su sitio, pero antes hay que seleccionar las piezas que lo forman, sin duda es el momento clave en cada investigación, pues un error en esta fase desemboca en una pérdida irremediable de tiempo. Afortunadamente éstas me han sido reveladas por un recurso que vengo estudiando desde hace tiempo: el acento de cada persona. Tras años de atención y estudio, he aprendido a reconocer las pequeñas diferencias en los acentos. Los asesinos suelen estar tan concentrados en lo que dicen que descuidan otros detalles, y mi atención en sus respuestas no buscaba el qué sino el cómo. Para este tipo de crímenes son necesarias dos personas que siguen un patrón: uno comete el asesinato

mientras el otro vigila para controlar que hay vía libre y así evitar posibles testigos.

-¿Por qué piensa que es un asesinato especial?

- La marca en el pecho del muerto refleja que no es un asesinato usual, más bien parece un ajuste de cuentas y este tipo de encargos suelen realizarse siempre por dos asesinos que no se conocen puntualmente sino desde hace tiempo, pues la confianza es fundamental hasta para este tipo de trabajo, por lo que es muy probable que hayan nacido o vivido en la misma región, lo cual implica que su acento es similar. Por eso mi primera intención consistió en buscar parejas que tuvieran un acento similar, lo que arrojó cuatro parejas, de las que descarté la pareja formada por un viejecito y una joven.

—¿No hubiera sido más fácil fijarse en sus rasgos físicos?

—Son profesionales y las apariencias pueden engañar mientras la voz refleja emociones y éstas no pueden esconderse. Ahora que tenemos las piezas del puzzle. Hay que ir engranándolas y cuando lleguemos a las centrales tendremos a nuestros asesinos.

—Pero. ¿y si el acento fuera meramente accidental y no tuviera relación para este caso?

—La suma de los detalles, son como las aristas de una pieza, al final sólo una encaja en cada lugar. En el segundo interrogatorio, Héctor, uno de los dos sospechosos fue el único que tiró el envoltorio del chicle que le ofrecí mientras el resto lo echó a la papelería cuando salían del interrogatorio. Es decir, descuidó el medio ambiente y las acciones graves suelen empezar con pequeños deslices ante reglas cívicas.

—Pero eso no demuestra que hayan cometido el asesinato. Tirar un chicle al suelo puede hacerlo cualquiera.

— No en un interrogatorio donde no deseas llamar la atención de la autoridad que pregunta, pero a él le dio igual, signo de prepotencia. ¿Quién puede no ponerse nervioso en una situación de estrés? Sin duda un profesional. ¿Pero un profesional de qué? Por eso pedí su documento de I.T.V.

y lo emparejé con el que pienso es su cómplice. Ambas matrículas nos informan que se compraron hace dos años con una diferencia de dos semanas. Es decir hay una coincidencia de proximidad.

— Quizá la compra de los vehículos pudo ser circunstancial.

— Descarté la casualidad al pedir a mi comisaría que me enviara al móvil la dirección de la vivienda asociada a cada una de esas dos matrículas. Ambos viven de alquiler en diferentes zonas de Madrid, pero tienen una coincidencia. —El comisario puso mirada expectante como de querer recalcar algo, y tras unos segundos contestó.

— Comenzaron el mismo día, un veinticinco de septiembre, hace dos años. Posiblemente cuando llegaron juntos en algún vuelo extranjero.

-¿Ha visto ya las grabaciones?

- Sí, fíjese este es el plano de la distribución de las cámaras de vigilancia. Por la trayectoria, el coche antes de impactar estaba en esta zona, donde las cámaras no tienen ángulo de grabación por lo que estamos hablando de profesionales. Nadie ha salido ni entrado desde que di la orden de cerrar las puertas, ni tampoco en los minutos anteriores, es decir, el asesino se encuentra dentro. El asesinato estaba siendo espiado, descubrieron cuándo iba a pasar la inspección y consiguieron cita para el mismo día.

—El siguiente paso consistía en montar la trampa y para ello necesitaba conocer quién era el cerebro y quien el ejecutor. La pasividad en las respuestas de uno de ellos me indicó que era el controlador, mientras que su compañero Héctor, era el asesino, más nervioso y visceral y por tanto la parte débil de la cadena, a quien montar la trampa emocional para provocar su confesión. Por favor, necesito que haga lo siguiente. —El plan le pareció bien al inspector quien dio el visto bueno para llevarlo a cabo.

El comisario pidió a Héctor que entrara a la salita para un nuevo interrogatorio y tras sentarse, abrió la puerta el inspector dirigiéndose a la sala contigua con el otro sospechoso esposado.



—Sabemos que usted es el asesino —acusó Martínez directamente. — Las cámaras de grabación instaladas la semana pasada, hecho que evidentemente usted desconocía le han grabado entrando en el coche de la víctima. Conocemos también que Juan, es su cómplice. Le ofrezco que haga una confesión a cambio de reducción en la condena.

—¡Usted está loco! Yo no he cometido ningún asesinato ni nada parecido. Muéstreme la cámara. Debe ser un error.

— No, al menos que tenga un gemelo y que lleva la misma ropa que lleva usted puesta ahora. — El comisario cogió el móvil y marcó un número.

— Por favor, necesito que me acerque las grabaciones de las cámaras de seguridad.

En ese momento, salió el inspector, que lanzó un gesto afirmativo con la cabeza al comisario mientras llevaba al otro sospechoso, ya sin esposas, dando a entender que había delatado a Héctor, quien reaccionó rápidamente.

—De acuerdo le diré todo. Confesaré todo lo que sé. Alguien nos encargó el asesinato e hicimos el seguimiento de la víctima durante semanas. Entré en el coche por la puerta de atrás pero cuando iba a realizar el encargo, lo encontré muerto. Alguien me ha tendido una trampa. ¡Yo no he sido! - gritó Héctor. -El comisario le ofreció un papel y tras escribir durante varios minutos su confesión, se la dio firmada.

—No sabía que habían puesto esa cámara.

—¿Qué cámara?

—Espere — exclamó Héctor. —¿No me diga que no existe?

—Así es.

—No entiendo. Entonces cómo nos ha descubierto. Somos profesionales y muy buenos en lo nuestro.

El comisario le miró y con aire de satisfacción explicó.

—Cometió varios pequeños errores. En primer lugar sonreía sarcásticamente frente a los consejos que la televisión de la sala de espera.

proporcionaba respecto a la seguridad vial. Luego le ofrecí un chicle y tiró su papel al suelo, despreciando la protección del medio ambiente.

—Usted está de broma. Eso lo hace cualquiera.

—Que piense eso es algo con lo que siempre cuento, porque ese sentido, o más bien esa falta de sentido ético, es lo que al final me ayuda en mi labor de atraparles – explicó Martínez —. Por favor, inspector póngale las esposas. Esta es su confesión.

García sonrió, con gesto de admiración.

—Por favor, revise concienzudamente el vehículo de Héctor, es posible, que el arma homicida esté todavía allí, pues no le ha dado tiempo de desembarazarse de ella. —Así lo hizo y al cabo de unos minutos el inspector llegó portando una navaja ensangrentada dentro de una bolsa de plástico. — Tenía razón Martínez. Han revisado el coche y han encontrado en el maletero esta navaja.

—Un análisis demostrará que corresponde al asesinado – dijo el comisario. Ahora le dejo, pues no tengo jurisdicción aquí por lo que tendrá que apuntarse usted el arresto.

—¡Pero es usted quien lo ha conseguido!

—No se preocupe, ya cargo con demasiada fama y ahora usted me deberá un favor que me cobraré algún día.

— No lo olvidaré – le agradeció el inspector

Martínez se despidió con una amplia sonrisa. Había resuelto el caso en un tiempo récord y el inspector le debía un favor. ¿Qué más se podía pedir para un día?

Alejándose, tranquilamente sacó del bolsillo su pañuelo manchado de sangre. Recordaba con tristeza cómo la víctima había causado un accidente hacía cinco años, cuando conducía totalmente ebrio, provocando que su mujer perdiera el primer hijo que iba a tener y la posibilidad de tener otro en el futuro. El conductor había huido de la escena del crimen pero el comisario juró encontrarlo y tras penosos años de búsqueda lo consiguió. Fue en ese

momento cuando trazó un plan perfecto. Contactó anónimamente con Héctor y Juan para encargarles el asesinato y así poder incriminarles. Ambos se le habían escapado numerosas veces debido a sus coartadas pero esta vez no sería así. Martínez sonrió. El puzle había sido resuelto.